



AGUSTÍN, NUESTRO HERMANO

José Oroz Reta

A TI, AMIGO LECTOR

A veces, quizás con frecuencia, has oído hablar de san Agustín. Pero ¿qué sabes tú de ese santo? ¿Podrías decirme dónde nació? ¿en qué años, al menos en qué siglo vivió? ¿Conoces tú algunos detalles de la vida de ese gran santo?

Vivió hace ya muchos años. Nació hace ya más de 1600 años. Agustín no es español, ni francés, ni italiano. Es un berebere del Norte de África, donde floreció, muy brillante y fecunda, una de las cristiandades más vivas de los primeros siglos.

Agustín, de niño, sintió muchas ganas de jugar. Agustín sintió desde pequeño gran atracción hacia los estudios, pese a sus cualidades extraordinarias en la escuela. Pero hizo buena carrera en las letras, y llegó a ser profesor en la escuela de su pueblo, y más tarde en Roma, y luego en Milán. Sus excelentes cualidades literarias y, sobre todo, su oratoria eran bien conocidas de todos.

Pero ese género de vida no le satisfacía por entero. Se sentía insatisfecho en su profesión. Agustín buscaba el descanso en la filosofía, en la posesión de la verdad. ¿Qué es la verdad? ¿Dónde puede encontrar el hombre la verdad y la felicidad? ¿Dónde está Dios? ¿Cómo es que Dios, tan bueno y tan bondadoso, permite el mal que hay en el mundo?

A los 32 años, aquel profesor de retórica descubre a Cristo o, más exactamente, Cristo se deja encontrar por Agustín que pide el bautismo. Y, una vez bautizado, Agustín ya no vive sino para Dios. Abandona toda la gloria del mundo. Abandona Milán, donde desempeña el cargo oficial de maestro de retórica y regresa a su África natal, que ya nunca más dejará.

Con un grupo de amigos comienza a vivir como monje, dedicado por completo al estudio de la Sagrada Escritura y al servicio de Dios y de sus hermanos.

Pronto su fama de hombre de Dios llega muy lejos, y los cristianos de su pueblo y de las ciudades vecinas le ruegan que acepte el sacerdocio. Y más tarde el episcopado.

Y, durante más de cuarenta años, dentro de una vida sencilla y pobre, Agustín no cesa de hacer conocer a cristianos y a paganos, de su patria y del extranjero, el amor de Dios que ha cambiado el rumbo de su vida.

Agustín es un predicador famoso de la palabra de Dios.

Agustín se convierte en un escritor extraordinario y, al mismo tiempo, es un luchador terrible contra los errores o herejías que aparecen en la Iglesia africana.

Agustín es infatigable y brillante luchador, maestro excepcional y formador de incontables obispos, y sacerdotes, y monjes que, desde aquellas regiones de Hipona y de Cartago, llevarán el mensaje del evangelio a otras ciudades del Norte de África e incluso del Sur de Italia, y de España, y de Francia.



De esto hace ya más de 1600 años... Y pese a tantos años como nos separan de aquellos tiempos, incluso en nuestros días Agustín sigue estando vivo.

Aquel Obispo de Hipona no ha cesado de darnos lecciones de vida cristiana gracias a sus enseñanzas contenidas en sus innumerables libros, y sobre todo por medio del ejemplo de su vida, entregada por completo a Dios y a los hombres.

Aquel santo africano de los siglos IV y V es uno de los más grandes santos de la Iglesia de todos los tiempos. Y, al mismo tiempo, se presenta ante los que buscan a Dios, los que estudian el camino de la verdad y de la felicidad, como el hermano y compañero de su caminar, que él recorrió antes que ellos, superando las mismas dificultades y obstáculos y peligros. Por eso te invito a la lectura de estas páginas.

Las he escrito para ayudarte a descubrir, al menos parcialmente, algunos de los rasgos más notables del santo que deseas seguir e imitar. Con frecuencia será el mismo Agustín el que, como hermano mayor, guía y maestro, te contará sus aventuras y te mostrará el camino que debes seguir, en su propia vida.

¡Contempla y admira su vida!

¡Escucha y pon en práctica sus lecciones!

CAPÍTULO 1

UN NIÑO COMO LOS DEMÁS

Agustín nació el día 13 de noviembre del año 354, en Tagaste, la actual Souk-Ahras, situada en Argelia, en la frontera tunecina. Cuando nació Agustín, Tagaste pertenecía a la provincia de Numidia, que los romanos habían colonizado en el siglo I a. C.

Agustín es de raza berebere, pero es ciudadano romano y habla la lengua latina, que los colonizadores romanos han llevado a los pueblos conquistados: España, Francia, Rumania.

Padres de Agustín

En Tagaste casi todos los habitantes son cristianos. Siguiendo la costumbre de aquellos tiempos, aunque la madre de Agustín, Mónica, era una cristiana muy fervorosa, el niño no fue bautizado. Con frecuencia se esperaba a que el niño llegase a una edad un poco avanzada para recibir el bautismo y, mediante él, verse libre de todos los pecados.

Aquellos cristianos pensaban que los pecados cometidos después del bautismo eran mucho más graves y se perdonaban con más dificultad. En consecuencia, los cristianos preferían ser purificados por las aguas del bautismo lo más tarde posible.

El niño Agustín, de acuerdo con la costumbre de entonces, recibe el signo de la cruz sobre la frente, y en sus labios, la sal consagrada. Con esos ritos, queda ya inscrito entre los catecúmenos.

Patricio, el padre de Agustín, es un propietario modesto que pertenece a los notables de la ciudad. Hombre serio y formal, ha permanecido pagano, como muchos de los habitantes del



África del Norte de aquellos tiempos. Pero sabe respetar la fe cristiana de su esposa y deja que la madre eduque religiosamente a sus hijos.

Los padres de Agustín tienen un carácter muy diferente. Mónica ha recibido de una anciana criada de la casa la educación que convenía a las jóvenes de su tiempo. Mónica se entrega en cuerpo y alma al servicio de su marido, y sabe satisfacer sus deseos y caprichos, al tiempo que logra soportar con alegría sus violentos ataques de cólera.

«Educada en honestidad y templanza, y sujeta más por ti a sus padres que por sus padres a ti, llegada a la plenitud de la edad núbil, fue entregada en matrimonio a un varón, al que sirvió como a su señor, y se esforzó por ganarlo para ti, predicándole de ti con sus costumbres, con que la adornaste y hermoseabas, haciéndola amable y ejemplar con su marido.

Y de tal modo soportó los cargos del matrimonio, que jamás tuvo en este punto la menor riña con su esposo desleal, pues esperaba que tu misericordia vendría sobre él, y confiaba que tu gracia le haría casto».

Confesiones 9, 9, 19

Dulzura de Mónica

Además Mónica sabe restablecer igualmente la paz entre las personas enemistadas. Con suavidad, prudencia y discreción logra evitar los chismes y los cuentos que las vecinas le hacen llegar.

«También, ¡oh Dios mío! le habías concedido este otro gran don: de mostrarse pacífica, siempre que podía, entre personas discordes y enfrentadas de tal modo que, oyendo de una parte y de otra recíprocas y amargas recriminaciones, cuales suele vomitar la enemistad y la discordia, nunca iba a contar a una de las partes lo que había oído de la otra. Tan sólo comunicaba lo que podía contribuir a desenconar las heridas y a reconciliar las personas».

Confesiones 9, 9, 21.

La madre de Agustín era lo que ahora se dice una «buena mujer», piadosa. Mónica oraba continuamente por la conversión de toda su familia. Sabía sufrir en silencio y esperaba la hora del Señor.

Y Dios veía con paciencia y con amor la actitud de aquella buena mujer. Y después de muchos años, finalmente, tuvo la alegría de ver a su marido convertido a la verdadera fe.

Apasionado por el juego

Agustín va creciendo como un niño cualquiera, y como los otros niños de su edad, a veces trata de hacer trampas en el juego con tal de ganar a toda costa. La pasión del juego se había despertado muy pronto en aquel pequeño africano que «en las luchas amaba la soberbia de la victoria», como reconoce él mismo.

Le cautivaban los espectáculos públicos, que tenían lugar en su pueblo y, como nos recuerda él mismo, «una curiosidad cada vez más fuerte brillaba en mis ojos ante las diversiones de los mayores».



Aquel niño se presentaba entre sus amigos como el jefe de la pandilla, y la viveza y agudeza de su ingenio le abrían fácilmente el camino hacia la gloria.

Agustín tampoco se distinguía mucho de los niños de ahora.

«Cuando yo era niño, no me gustaba estudiar, y aborrecía que se me forzara en la escuela. Y, a pesar de todo, me obligaban a ello; y ahora sé que con ello me hacían un gran bien. A mí me costaba mucho estudiar, y sólo aprendía las letras porque a ello me obligaban mis maestros y mis padres».

Confesiones 1, 12, 19.

A pesar de todo, como aquel jovencito da muestras de una inteligencia excepcional, todos se quedan boquiabiertos cuando Agustín declama pasajes de Virgilio, de Salustio, de Cicerón, de Terencio y de otros autores que los niños de entonces debían aprender de memoria en la escuela.

Un día el maestro se ve sorprendido ante un trabajo que Agustín le ha presentado: cree que lo ha copiado o que han sido otras personas las que se lo han hecho. Piensa que Agustín ha hecho trampas, como las hacía a veces en el juego. Y ante el asombro y la admiración del maestro y de sus compañeros, Agustín, en un alarde de memoria, les recita pasajes que nadie conocía.

La letra con sangre entra

«Para poder lograr honras humanas y falsas riquezas, me enviaron a la escuela para que aprendiera unas letras cuya utilidad ignoraba yo por aquellos años de mi niñez. Y si era perezoso en aprender aquellas letras, mis maestros me azotaban: sistema alabado por los mayores.

Y yo, niño todavía, comencé a invocarte como a mi refugio y amparo. Y en estas oraciones rompía las ataduras de mi lengua, y a pesar de mis pocos años te suplicaba con fervor que no me azotasen en la escuela.

Y cuando tú no me escuchabas, lo cual sucedía para mi bien, se reían las personas mayores e incluso mis padres. Con todo, mis padres no deseaban que me ocurriese nada malo del castigo de mis azotes, que a mí me resultaban muy dolorosos y pesados».

Confesiones 1, 9, 14.

A la vista de estos recuerdos de juventud, hemos de creer que realmente eran muy duros aquellos castigos de la escuela, sobre todo para un alma tan delicada como la de Agustín. Podemos adivinar que así como sufría ante los azotes de la escuela, el joven Agustín disfrutaba con los triunfos en el juego y el éxito entre sus compañeros.

CAPÍTULO 2

DE TAGASTE A MADAURA

Pero, a pesar de todo, aquel niño, inteligente y despierto, ha logrado trabajar bien en la escuela de su pueblo y ha terminado los estudios con brillantez.



Tagaste, donde ha pasado su infancia, no es más que un pueblo sin importancia que no ofrece ninguna salida al joven Agustín. Y Patricio que se ha dado cuenta de las cualidades excepcionales de su hijo, lo envía a proseguir sus estudios a Madaura, la actual Mdaourouch, a la edad de 12 ó 13 años.

Sobresale en la escuela

A esta edad Agustín no ha cambiado de carácter. Y como siempre aborrece que le obliguen a trabajar y le impongan esfuerzos ajenos al gusto de su edad. Siente gran afición a la poesía. Y, dotado de una memoria prodigiosa, continúa cosechando triunfos en la escuela. Aprende pasajes enteros de los principales autores que se estudiaban en la escuela: Terencio, Plauto, Séneca, Salustio, Horacio, Apuleyo, Cicerón y, sobre todo, el gran poeta Virgilio.

Detesta a Homero, que le obligaba a aprender la gramática griega y un enorme vocabulario.

Virgilio, en cambio, le resulta encantador. Lo lee directamente en latín, su lengua materna, como los niños españoles leen las obras de nuestros mejores escritores.

Dido y Eneas

Agustín se siente locamente atraído por los hermosos versos de Virgilio, que cuentan la historia legendaria de los amores de Dido, la reina de Cartago, y de Eneas, el valeroso héroe troyano, nobilísimo antecesor de los romanos.

Según los métodos de entonces, su maestro le manda escribir unas páginas sobre el tema de Dido y de Eneas. Agustín se esfuerza algo más que de ordinario y es tal el éxito de aquellas páginas, que el maestro le ruega que lo lea en alta voz para toda la escuela. Sus compañeros le aplauden entusiasmados, y el joven escritor se siente completamente satisfecho de su triunfo.

Recuerdo de la escuela

Las experiencias de esos años de estudiante en Madaura, nos las describe Agustín al final del primer libro de las *Confesiones*. Aconsejamos al lector la lectura de los capítulos 19 y 20 de ese libro.

En uno tenemos la confesión del mal que le hizo la escuela, y el otro contiene un cántico de acción de gracias a Dios que permitió aquella experiencia, al Señor que es el autor de todo cuanto el hombre posee de bueno y de precioso.

«Con todo, Señor, creador y dueño del universo,
Dios mío, te doy gracias,
aunque te hubieras contentado con hacerme sólo niño.
Porque aun entonces yo era, y vivía, y sentía,
y tenía yo cuidado de mi integridad,
que era reflejo de tu unidad.
Buscaba yo en todo momento
la unidad interior,
y me deleitaba sobre todo
en la posesión de la verdad.



No quería que me engañasen:
tenía buena memoria
y me iba instruyendo con la conversación.
Me deleitaba la amistad,
esquivaba el dolor, la ignorancia y el desprecio.
¿Qué hay en un ser animado como el hombre
que no sea admirable y digno de alabanza?
Pero todos estos dones son regalos de Dios,
pues no fui yo quien me los di.

Bueno es el que me hizo,
y él es mi bien y en él salto de gozo
por todos los bienes que integraban mi niñez.
En lo que yo entonces pecaba era en buscar
no en él, sino en sus criaturas,
en mí mismo y en los demás,
los deleites, las honras, las verdades.
Por eso luego
caía yo en tristezas, confusiones, errores.

Gracias te doy, dulzura mía y honor mío,
confianza mía y Dios mío;
gracias te doy por tus dones:
guárdamelos.
Así me guardarás también a mí,
y los dones que me diste
se aumentarán y perfeccionarán.
Y yo seré contigo
porque eres tú el que me diste la existencia».

Confesiones 1, 20, 31.

Podemos pensar que Agustín exagera, al menos en parte, su conducta durante aquellos años de estudiante en Madaura. Cuando escribe sus *Confesiones*, ya siendo obispo de Hipona, mira su vida desde otra perspectiva. Los pecados de la juventud siempre son comprensibles, aunque no por eso sean justificables.

Y el hecho es que, pese a la conducta que nos reflejan los textos de las *Confesiones*, el joven estudiante de Madaura aprovechó bien las lecciones de sus maestros. Los amigos de Patricio le aconsejaron que enviara a su hijo a Cartago, la capital política y universitaria. Allí, por supuesto, podría seguir los estudios superiores que le abrirían las puertas de la sociedad intelectual de entonces.

Pensando en Cartago

Pero para esto hacía falta mucho dinero y los padres de Agustín no disponían de lo que su hijo necesitaba. Por eso, a los dieciséis años los estudios de Agustín se ven bruscamente interrumpidos, en espera de una ayuda económica que le permita marchar a Cartago, brillante metrópoli política y literaria del África romana del Norte.



Y ¿qué va a hacer Agustín, a los dieciséis años, a la espera de que su padre pueda reunir las economías necesarias para enviarle a estudiar a Cartago?

¿Piensa Agustín en ayudar a su padre a cultivar sus campos y ganarse él mismo el sustento cotidiano, al tiempo que logra algunas economías en la casa paterna?

Sin duda, Agustín, que ya ha comenzado sus estudios especiales en Madaura, se considera superior a los niños y jóvenes de su edad que, por no haber podido estudiar, se ven obligados a ayudar a sus padres en las faenas del campo.

«Aquel año decimosexto de mi edad, se hubo de imponer un descanso forzado por la falta de recursos familiares, y libre de escuela tuve que vivir con mis padres. Entonces creció selváticamente sobre mi cabeza el matorral enmarañado de mis vicios y no había mano que los arrancase».

Confesiones 2, 3, 6.

«Aquel año estuvieron interrumpidos mis estudios. Mis padres me llamaron de Madaura, aquella ciudad vecina, en donde yo había comenzado mis andanzas, con la intención de iniciarme en la literatura y la elocuencia. Y mientras tanto mi padre, ciudadano de Tagaste hartamente pobre, hacía los preparativos para un viaje mío más largo, a Cartago, con más ilusión que dinero».

Confesiones 2 3, 5.

Patricio se sentía orgulloso de su hijo Agustín y estaba dispuesto a imponerse los mayores sacrificios y privaciones con tal de poder pagar unos estudios que sólo estaban al alcance de los más ricos. «Ninguno de los muchos conciudadanos de Tagaste, mucho más ricos que mi padre, se habían impuesto para sus hijos semejantes sacrificios», observa Agustín.

Y como dirá el autor de las *Confesiones*, reconociendo el sacrificio de su familia, «mi padre gastaba para su hijo más de lo que le consentía su fortuna: mi padre me daba dinero suficiente para mis viajes y para mis estudios».

El obispo de Hipona, cuarenta años más tarde, confiesa admirado su gratitud por lo que su padre ha hecho por él. Es de hijos bien nacidos reconocer lo que los padres han hecho, con sus sacrificios y privaciones, por el porvenir y el bienestar de sus hijos.

Años de ociosidad

Y Agustín, en vez de hacer algo serio durante aquel año de estudios interrumpidos en Tagaste, prefiere perder el tiempo con sus compañeros. No ha recibido el bautismo ni la instrucción religiosa que en aquellos meses tal vez habría podido a ayudarlo a evitar el mal.

Amar y ser amado

Pese a los consejos de su madre, Agustín emprende «los torcidos caminos por los que caminan los que vuelven la espalda a Dios, y no el rostro». Agustín se siente feliz en aquellas vacaciones forzadas, y siente los primeros atractivos de la amistad y del amor.



Y en medio de aquella ociosidad y holganza, el joven Agustín se deja arrastrar por las fuerzas de la naturaleza viciada. Carente de la gracia y auxilio de Dios, el joven no puede resistir a las tentaciones de toda clase que se presentan a su rededor.

«Me había hecho sordo con el ruido
de la cadena de mi mortalidad,
justo castigo de la soberbia de mi alma,
y me iba alejando cada vez más de ti,
y tú lo consentías.

Y me agitaba, y derramaba, y esparcía,
y hervía con mis fornicaciones,
y tú callabas, ¡oh tardo consuelo mío!
Tú callabas entonces,
y yo me iba cada vez más lejos de ti
tras muchísimas semillas estériles de dolores
con una soberbia abyección
y con una inquieta laxitud».

Confesiones 2, 2, 2.

La ociosidad se presta fácilmente al desorden y a toda clase de pecados. Los jóvenes que no tienen nada bueno que hacer, encuentran muchas ocasiones para hacer el mal.

Las peras ajenas

Y Agustín, como tantos jóvenes de todos los tiempos, siente el atractivo de apoderarse de lo ajeno. Y como él observa muy acertadamente, «quise hurtar y hurté. Y lo hice, no impelido por ninguna pobreza o necesidad, sino simplemente por penuria y hastío de justicia y por demasía de iniquidad, puesto que robé aquello mismo de que yo abundaba y que, además, era mucho mejor».

He aquí cómo nos describe nuestro santo la escena famosa del hurto de las peras:

«Había un peral, en las inmediaciones de nuestra viña, cargado de peras que, ni por el aspecto ni por el sabor, tenían nada de apetecibles. Hacia la medianoche, pues hasta aquella hora habíamos alargado el juego, según nuestra mala costumbre, fuimos a sacudir el peral y robar su fruto, unos cuantos jóvenes de malas costumbres. Y nos llevamos de allí grandes cargas, no para regalo nuestro, sino para arrojarlas a los cerdos. Y si llegamos a comer algunas, fue sólo para darnos el gustazo de hacer lo que nos estaba prohibido».

Confesiones 2, 4, 9.

Y un poco más adelante, cuando vuelve a recordar la escena de las peras, escribe Agustín: «Yo solo jamás cometería aquel hurto, en el cual no me agradaba lo que hurtaba, sino el hurtar. Y si cometiera el hurto, yo solo, de ninguna manera me complaciera en él ni lo cometiera. ¡Oh amistad enemiga en demasía, seducción inescrutable del alma, ganas de hacer mal por pasatiempo y juego, apetito del daño ajeno sin provecho alguno propio!»

He aquí la reflexión agustiniana sobre el efecto pernicioso de las malas compañías, que con frecuencia arrastran al pecado a los más serios y formales.



CAPÍTULO 3

EL ESTUDIANTE DE CARTAGO

Y después de aquel año de vacaciones forzosas, Agustín vuelve a emprender los estudios con alegría, gracias a la generosidad de Romaniano, rico mecenas de la ciudad y amigo de su familia.

Y esta vez es Cartago, una de las capitales del Imperio junto con Roma, Bizancio, Antioquía y Alejandría. La ciudad, que había disputado a Roma la soberanía del Mediterráneo durante las guerras púnicas, va a ejercer una influencia decisiva en el alma de aquel provinciano que llega a estudiar, con la ilusión de triunfar en la vida.



Afición al teatro

Naturalmente la primera preocupación de nuestro joven estudiante es asistir a los espectáculos que se desarrollaban en los teatros de la ciudad: tragedias, comedias, óperas y ballets se representaban sin cesar.

Y no digamos nada de las carreras de carros y de caballos que enloquecían a los cartagineses.

Agustín tiene que estudiar la literatura latina, el arte de la palabra y la declamación en público, la filosofía, la música, la geometría, las matemáticas, la biología, un poco de medicina y un poco de derecho romano. Estas disciplinas serán las que más tarde formarán el *trivium* y el *quadrivium*, en los programas de la edad media, y las asignaturas que en tiempos de Agustín preparaban a los jóvenes para la carrera del foro.

Cartago es un puerto donde viven habitantes de todas las razas, de todas las religiones y de todas las lenguas. El latín es la lengua oficial, pero los comerciantes y los marineros hablan en griego, mientras que los campesinos utilizan la lengua púnica, que habían heredado de sus antepasados.

Hay muchos cristianos en esta ciudad, aunque, desgraciadamente, están divididos en varias sectas. A su lado hay también muchos paganos, y algunos de los cristianos siguen aferrados a sus costumbres tradicionales, adorando una multitud de dioses y de diosas, al lado del verdadero Dios.

La ciudad del vicio

Como sucede en otras grandes ciudades, dos cosas dominan la vida de Cartago: el dinero y los placeres. De ahí las mentiras, la corrupción de costumbres y los falsos testimonios, que son los vicios frecuentes en aquella gran ciudad. Agustín nos dibuja así el mundo aquel en que le va a tocar vivir.

«Llegué a Cartago, y por todas partes crepitaba en torno mío un hervidero y como sartén de viciosos amores».

Confesiones 3, 1, 1.

Y el joven provinciano se siente subyugado por aquella vida de diversiones y de placeres, sobre todo por las «representaciones teatrales, llenas de las imágenes de mis miserias y de incentivos del fuego de mi pasión», como nos dice él mismo.

Los juegos del estadio, los combates de gladiadores, las representaciones públicas ocupaban una gran parte de las jornadas de muchos de los habitantes de Cartago.

Amor y amistad

Agustín se encuentra en plena pubertad y, al igual que casi todos los jóvenes de su edad, se siente atraído e impulsado por el amor y la amistad.

Desconocemos el nombre de aquella mujer que Agustín describe de esta forma tan velada. De aquella unión nació un hijo, llamado Adeodato. Tal vez ni Agustín ni su amiga deseaban un hijo en aquellas circunstancias: él, un simple estudiante, y ella, seguramente pobre.



Pero como quiera que Dios les concedió aquel hijo, ellos lo reciben como regalo de Dios de ahí el nombre Adeodato, es decir, «regalo de Dios» y Agustín lo amará con toda su alma y lo guardará siempre consigo.

Procurará la educación y formación de aquel niño que morirá muy pronto, a la edad de diecisiete años. Adeodato es un niño muy inteligente que, algunos años más tarde, en el retiro de Casiciaco, será uno de los más fieles e inteligentes discípulos de Agustín.

Muere Patricio

El año 371 muere Patricio, y Agustín se hace cargo de su madre y de sus hermanos. Pese a los desórdenes, plenamente explicables en aquella sociedad pagana en que se desarrolla su vida, Agustín se mantiene bastante formal. Frecuenta una banda de jovencuelos bastante traviesos, pero él no participa en sus burlas y juegos pesados.

Invitación a la filosofía

Agustín contaba ya cerca de veinte años cuando se encontró con los grandes libros de la filosofía. Y un buen día cayó en sus manos, con profunda admiración, la obra de Cicerón, el famoso orador y filósofo romano. Y leyó uno de los libros de Cicerón, titulado *Hortensius*, que por desgracia no ha llegado hasta nosotros.

Y la lectura de esta obra extraordinaria le descubrió el campo de las realidades invisibles y suscitó en su alma el gusto y la afición por la búsqueda de la sabiduría y de la verdad. Y a partir de la lectura de ese libro, Agustín comenzó a caminar conscientemente hacia Dios, verdad suprema.

Poco después Agustín comienza a leer los libros de las Sagradas Escrituras, pero no los comprende, y además los encuentra mal escritos, sin estilo.

Para poder entender los libros inspirados se necesita una preparación más profunda que Agustín no posee todavía. Por otro lado, su formación en las letras de los clásicos latinos le impedía apreciar la belleza literaria de la Biblia.

En busca de la verdad

Decepcionado en su primer encuentro con la Biblia, Agustín trata de buscar el camino de la verdad.

Entre sus compañeros de estudios hay algunos que pertenecen a la secta de los maniqueos, y éstos le prometen descubrirle la verdad que él anda buscando desde hace tiempo.

Pero tampoco éstos lograron calmar la sed de la verdad, y de nuevo se ve decepcionado en su interior. Agustín se ha visto seducido por aquella funesta herejía de los maniqueos, que con su doctrina de los dos principios, el Bien y el Mal, destrozaba la Iglesia africana.

Los maniqueos admitían dos principios, que dominaban el mundo y todos los acontecimientos y acciones de los hombres. El principio del bien es el espíritu, y la materia es producto y dominio del principio del mal. Había que evitar tener hijos que son efecto de la materia, para que la humanidad acabara cuanto antes, y así el espíritu pudiera renovar todas las cosas.



Esta filosofía de los dos principios será seguida durante nueve años por el joven Agustín, que como muchos otros pensadores estaba profundamente preocupado por el problema del mal entre los hombres. No cree todavía en la responsabilidad del hombre cuando peca, y así le resulta más fácil y sencillo explicar todos los pecados por la intervención del principio del mal.

«Yo ignoraba aquella otra realidad, la única que realmente existe, y picado como por un aguijón fui a situarme en las filas de aquellos necios impostores y les pregunté de dónde procedía el mal, y si Dios estaba limitado, como el hombre, dentro de unas formas corpóreas».

Confesiones 3, 7, 12.

CAPÍTULO 4

EL PROFESOR DE RETÓRICA

Agustín, al tiempo que estudia cuanto cae en sus manos, se siente subyugado por los libros de astrología. Aunque el cristianismo es la religión principal del Imperio, las «ciencias ocultas» están de moda por todas partes.

El joven estudiante se sintió atraído por cuanto se refería a la predicción del porvenir, y con frecuencia consultaba a los astrólogos, al tiempo que leía con avidez cuanto podía. Incluso se sentirá capaz de hacer un horóscopo y piensa en la posibilidad de explicar el destino de los hombres gracias a la influencia de los astros.

San Agustín nos cuenta en sus *Confesiones*, donde podemos descubrir muchos detalles de su vida, sobre todo en lo que se refiere a su aspecto espiritual o luchas de su alma para encontrar la verdad, hasta qué punto cuando era joven se sentía atraído por las «ciencias ocultas». En esto también era uno de los jóvenes de nuestros días, que suelen consultar con frecuencia el horóscopo que les corresponde.

¡Atención al horóscopo!

Además Agustín veía que aquellos astrólogos no practicaban sacrificios a los dioses, ni tampoco se dirigían a ningún espíritu sobrenatural. Sencillamente se limitaban a estudiar la posición de los astros —de ahí su nombre de «astrólogos» o matemáticos—, pues creían que todo se reducía al estudio de los números que intervenían en la conjunción de dos astros en el momento en que se producía la concepción o el nacimiento de un hombre, o cuando iba a tener lugar un acontecimiento de importancia.

En su tiempo, como ahora en los nuestros, había un astrólogo de mucha fama que, además de inteligente y prudente, era muy perito en la medicina. En cierta ocasión este médico famoso, que entonces era procónsul, es decir, la autoridad que sustituía al cónsul, había presidido un concurso de poesía, ganado por Agustín y premiado con la corona de laurel de los vencedores, que le impuso nuestro médico.

A partir de ese momento se estableció una amistad muy fuerte entre el procónsul y Agustín. Hablaron muchas veces juntos y salió a relucir que los dos amigos, uno hace años y el otro ahora,



eran muy aficionados a los horóscopos o respuestas de los astrólogos. Pero el médico ya se había desengañado y convenció a nuestro joven a que abandonara aquella afición desmesurada por los horóscopos. Logró que Agustín tomara la decisión de emplear el tiempo y su inteligencia en cosas más provechosas y serias

No le fue difícil al médico convencer al joven con el ejemplo de poner su propia experiencia y desengaño. Le dijo que, cuando era joven, había pensado dedicarse por completo a la astrología. Casi se decidió a esa profesión, pues pensaba que, si había logrado entender los escritos de medicina del famoso Hipócrates, también podría comprender los otros libros de los horóscopos. Pero abandonó su primera afición, pues se había convencido de que lo que decían los astrólogos era falso y no le parecía digno de un hombre serio y prudente ganarse la vida engañando a otros hombres.

¡Hay que ver lo que vale un buen ejemplo, cuando el que lo recibe desea realmente cambiar de vida y se presta a las razones que le dan las personas mayores!

Agustín no olvidará con facilidad la discusión con aquel famoso médico, aunque nunca se vio plenamente convencido por la doctrina de los astrólogos. Para el joven estudiante, el argumento del azar no pasará de ser una simple hipótesis. Por otra parte, admiraba profundamente la ciencia de los astrónomos que, en realidad, eran los más grandes sabios de la antigüedad. La astrología, para Agustín, era como una prolongación natural de la astronomía.

De nuevo en Tagaste

Terminados sus estudios en Cartago, Agustín regresa a Tagaste como profesor de gramática. Su madre descubre, desilusionada, que su hijo se ha convertido al maniqueísmo. Incluso se había convertido en un ardiente propagandista de la nueva religión en la que había logrado inscribir a un gran número de sus amigos, especialmente a su discípulo Alipio e incluso a su protector Romaniano.

Mónica no pudo aceptar la conversión de su hijo y, al menos durante algún tiempo, no quiso recibirlo en casa, y Agustín, una vez más, acudió a la generosidad de Romaniano.

Agustín se considera, en el ejercicio de su profesión de gramático y retórico de Tagaste y Cartago, «vendedor de palabrería». Aquella profesión permitía al joven Agustín una cierta independencia económica y, al mismo tiempo, podía abrirle las puertas de la sociedad, facilitándole los éxitos y triunfos del foro y de los tribunales de justicia.

Las lágrimas de una madre

Mientras tanto, la madre de Agustín continúa sin desfallecer en sus oraciones para conseguir la conversión de su hijo. El valor de las lágrimas de una madre sólo lo pueden apreciar los hijos bien nacidos, y Dios no puede permanecer insensible ante la insistencia de una madre que busca e implora para su hijo la verdad en el camino de la vida. Aunque Mónica no ha querido recibir en su casa al hijo maniqueo, sigue rogando a Dios por la conversión de Agustín.

Entonces Mónica comprendió que su hijo terminaría por convertirse al verdadero Dios, al Dios de Jesús y no al Dios de Maní. Y tras el sueño aceptó la presencia de su hijo en su propia casa.



La muerte del amigo

Hemos dicho que Agustín sentía una insaciable hambre de amar y ser amado. Así comprendemos mejor la profunda impresión que le produjo la muerte de un amigo de infancia que él había convertido al maniqueísmo. La descripción que nos hace Agustín de este amigo es de lo más emotivo y delicado que podamos imaginar. He aquí algunos pasajes.

«En tu presencia mi madre lloraba por mí más de lo que lloran las madre los funerales corporales de sus hijos. De ti, Dios mío, le vino aquel sueño con el cual la consolaste, y se avino a vivir conmigo en la misma casa. Lo cual antes ella no quería hacer por aversión y odio de mis blasfemos errores.

Pues es de saber que se vio en sueños, estando en pie encima de una regla de madera, y que venía hacia ella un joven resplandeciente, alegre y sonriente, mientras ella estaba triste y consumida de dolor.

Y el joven, preguntándole las causas de su dolor y de sus lágrimas cotidianas, y habiéndole ella respondido que lloraba mi perdición y mis errores, le mandó que se tranquilizase. Y le advirtió que viera que allí mismo donde ella estaba también estaría yo. Y ante estas palabras prestó atención a su rededor y vio que yo estaba sobre la misma regla, en pie, a su lado».

Confesiones 3, 11, 19.

«En aquellos años en que yo comencé a enseñar
en el municipio en que nací,
habíame ganado un amigo, especialmente querido
por la comunidad de los estudios,
de mi misma edad,
y, como yo, lozano en la flor de la juventud...

Y un día aquel amigo quedó tendido,
sin sentido, mucho rato, con un sudor mortal.
Como se desesperase de su curación,
fue bautizado sin saberlo él.

Yo no di ninguna importancia a ello,
presumiendo que su alma retendría con más fijeza
lo que yo le había enseñado
que la operación que se efectuaba en el cuerpo
de quien no lo sentía.

Pero sucedió muy al revés, pues mejoró y curó.
Y al momento, en cuanto pude hablar con él,
intenté burlarme delante de él
del bautismo que él había recibido,
ausente totalmente de cuerpo y de alma,
pues él no sabía que lo había recibido.
Y al oírme, se enfureció como ante un enemigo,
y con notable y repentina libertad



me notificó que, si quería ser su amigo,
debía abstenerme de decirle tales cosas».

Confesiones 4, 4, 8.

Aunque su amigo mejoró y curó de aquellas fiebres, poco después volvió a sentirse enfermo: «pocos días después, estando yo ausente, le asaltaron de nuevo las calenturas y murió».

La tristeza que la muerte de su amigo provocó en su corazón fue terrible, como podemos apreciar por las palabras con que el mismo Agustín nos describe sus sentimientos personales más secretos:

«¡Con qué dolor quedó mi corazón enlutado!
Todo cuanto yo miraba era muerte,
y mi patria era mi suplicio,
y la casa de mis padres, una infinita desolación.

Todo lo que yo había comunicado con mi amigo
se trocó, sin él, en terrible sufrimiento.
Mis ojos le buscaban por todas partes,
y no podían encontrarlo...

Yo mismo me había convertido
en un gran enigma para mí.
Yo me preguntaba:
“¿Por qué estás triste, alma mía?
¿Por qué esta profunda tribulación?”
Y yo no sabía qué responder a mis preguntas».

Confesiones 4, 4, 9.

Y poco después de la muerte de su amigo, Agustín se decide a abandonar Tagaste, sin decir nada a nadie. Tan sólo comunica sus planes a su amigo Romaniano. Así, pues, cierra su escuela de Tagaste y regresa a Cartago, buscando mejorar de situación y, en parte también, para olvidar la muerte de su amigo.

Pero tampoco en Cartago encuentra lo que busca. Los alumnos de su escuela son muy alborotadores, en clase y fuera de ella. Agustín, como señala él mismo, no abandona Cartago «en busca de mayores ganancias y mayor honra», sino hastiado por el comportamiento de sus paisanos.

Había oído que los jóvenes de Roma estudiaban con más tranquilidad, y se veían frenados con una disciplina más rígida: no se precipitaban tumultuosamente y de tropel en el aula de quien no era su maestro.

La diferencia entre los estudiantes de Cartago y de Roma, al menos en lo que la fama contaba de ellos, era muy grande. En Cartago, «es intemperante y fea la licencia de los escolares: irrumpen con escándalo y griterío en el aula ajena, y cínica y furiosamente perturban el orden que cada maestro tiene establecido en interés de sus propios alumnos».



Además... Roma era más importante que Cartago y allí le sería más fácil conseguir una buena situación, económica y social. Y, aparte de todo eso, en Roma iba a encontrarse con su mejor amigo, Alipio, que había iniciado sus estudios de derecho en la capital del Imperio.



CAPÍTULO 5

RUMBO A ITALIA: ROMA Y MILÁN

Y un buen día, sin prevenir a nadie, y tratando a toda costa que su madre no sospechara nada del viaje, Agustín se embarca hacia Italia, en donde iba a encontrar la solución a sus problemas intelectuales y donde iba a hallar una respuesta satisfactoria a sus dudas religiosas.

Dios le iba a librar de las aguas del mar, en travesías siempre difíciles y peligrosas, para conducirlo hasta las aguas regeneradoras del bautismo.

Estancia en Roma

Los comienzos de su estancia en Roma no fueron muy agradables, pues muy pronto cayó enfermo.

«Y he aquí que una vez llegado a Roma fui visitado por el azote de una dolencia corporal... Y agravándose las calenturas, yo ya me iba y perecía... Y ni siquiera en aquel peligro tan grande deseaba yo tu bautismo. Mejor era de niño, cuando lo solicité de la piedad de mi madre. Había crecido para mi deshonor, y en mi demencia me burlaba de los consejos de tu medicina, que no consentiste que yo muriera en aquel estado dos veces».

Confesiones 5, 9, 16.

Agustín sigue frecuentando la amistad de los maniqueos, pero poco a poco se va desengañando de ellos y se vuelve hacia los filósofos que enseñan que la sabiduría es difícil de encontrar.

El sabio es el hombre que busca sin cesar la verdad, pero que la encuentra con dificultad. Por eso, el joven profesor no está seguro de nada. Y su inquietud ante los graves problemas de la vida no encuentra sosiego en ninguna escuela.

Por otro lado, los estudiantes de Roma, aunque ciertamente siguen con mayor atención que los de Cartago las lecciones del maestro, abandonan la clase para no tener que pagar los estudios estipulados a final de mes. Y Agustín tiene que alimentar su familia y necesita ganar el pan de cada día.

Como en otras ocasiones, el joven profesor no pierde la ocasión para dejar retratados sus sentimientos ante la actitud de esos estudiantes romanos:

«Odiaba a éstos mi corazón, aunque no con odio perfecto, porque realmente más les aborrecía por el perjuicio que a mí me causaban que por la injusticia misma que ellos cometían. Injustos son, sin duda, los que así obran, amando unas burlas y engaños pasajeros y alejándose de ti, Dios mío».

Confesiones 5, 12, 22.



De Roma a Milán

Y un día se entera de que en Milán están buscando un maestro y profesor de retórica. Han enviado unas cartas al Prefecto de Roma, Símaco, para que él anuncie oficialmente y convoque públicamente el concurso.

Un amigo le presenta al Prefecto de Roma. Se trata de un pagano, tal vez un maniqueo, que no ama a los cristianos y que detesta a Ambrosio, el obispo católico de Milán. Su candidatura es aceptada por Símaco, y tras un examen satisfactorio, en que el joven profesor de Cartago muestra sobradamente su preparación y sus cualidades, Agustín obtiene la cátedra de Milán.

Y el africano de Tagaste se ha convertido en un alto funcionario, respetable y envidiado de muchos por su situación, con un porvenir económico asegurado, y con amplias posibilidades de una notable carrera en el foro y en los tribunales y en la administración.

Agustín cuenta a la sazón treinta años, que es la edad en que maduran las más profundas crisis intelectuales. Acompañado de su hijo Adeodato y la madre de éste, Agustín, tras unos pocos meses de estancia en Roma, marcha a Milán.

Poco después llega también Mónica, con el hermano de Agustín y los hijos de éste. Los amigos de Cartago se reúnen en torno a su maestro: Alipio, que ha encontrado un cargo oficial en la corte del Emperador; Nebridio y Romaniano que, con frecuencia, tiene que venir a Milán para arreglar sus negocios.

Cuando Agustín llegó a Milán, ya no creía en la secta de los maniqueos, aunque tampoco estaba muy cerca del cristianismo. Las críticas de los maniqueos contra la Biblia le parecían irrefutables. ¿No había tratado de leer la Biblia hacía años, y no había comprendido nada? En realidad había muchas cosas en la Escritura que le escandalizaban. Y además su lectura le parecía carente de interés.

La figura de Ambrosio

Desde su llegada a Milán, el joven profesor va a saludar a Ambrosio, el obispo de la ciudad. Tal vez podamos ver en esas primeras visitas sencillamente un acto de mera educación social. O quizás la personalidad de Ambrosio representaba un interés y atractivo especial, pues se trataba de un personaje célebre y famoso.

Hijo de un alto funcionario de la corte, rápidamente había sido nombrado gobernador de Milán. Y un día en que tiene que intervenir para restablecer el orden público en la ciudad, los fieles, al ver la actitud del gobernador y apreciando sus dotes de prudencia, exclaman todos a una: «¡Ambrosio, obispo! ¡Ambrosio, obispo!»

Ambrosio, a la sazón, era un simple catecúmeno. Es bautizado inmediatamente y una semana más tarde, el antiguo gobernador es consagrado obispo de Milán.

Ambrosio había hecho una carrera brillante de estudios de retórica y de derecho, de filosofía y de historia. Y además poseía el don de la palabra.

Agustín había perdido ya la esperanza de encontrar la verdad en la Iglesia católica, y, pese a todo, le gustaba aquel obispo excepcional. La extrema bondad que se respiraba a su rededor le atraía, y, siempre que predicaba el obispo, allí estaba Agustín.



No es que pensara en su conversión, sino que se sentía subyugado por la personalidad del obispo. Además quería comprobar por sí mismo si su elocuencia era tan extraordinaria como se decía por todas partes.

Agustín frente a Ambrosio

Agustín sentía una viva curiosidad por la persona de Ambrosio y, como observa el curioso aficionado a la predicación del obispo de Milán, comenzó a amarle. Con todo, la personalidad de Ambrosio parece que no se dejó influenciar muy fácilmente de aquel joven profesor de retórica que, según había oído, Simaco había enviado a Milán para espiar al obispo y presentarse como difícil rival en las cuestiones del estado.

El joven profesor sabe apreciar las palabras del obispo, aunque no se siente partícipe de sus ideas.

«Yo estaba pendiente de sus palabras, admite Agustín, pero no sentía curiosidad por lo que decía; antes bien, las despreciaba. Me deleitaba la suavidad de su discurso. Ciertamente era más docto que el maniqueo Fausto, pero tenía menos gracia y me halagaba menos su manera de hablar».

Y poco a poco Agustín se va interesando en la predicación de Ambrosio, no sólo por la belleza de su estilo, sino cautivado también por el don de su doctrina.

Las palabras del obispo le van descubriendo el sentido de las Escrituras, muy diferente de la interpretación de los maniqueos. Agustín tendrá cuidado en recoger los detalles de las primeras visitas que hizo al obispo de Milán.

Desengaño de Fausto

De la comparación entre Fausto, el maniqueo, y Ambrosio, el obispo católico, Agustín llega a la conclusión que «Fausto se descarriaba por las falaces mentiras de los maniqueos, mientras que Ambrosio enseñaba salubérrimamente la salud. Pero la salvación está lejos de los pecadores, como yo era entonces. Y, no obstante, yo me acercaba a ella día a día, aun sin darme cuenta», confiesa Agustín.

Poco a poco, el profesor de Milán va sintiendo vergüenza de haber creído en las mentiras y patrañas de los maniqueos, en lo que se refería a la fe de los cristianos. Su corazón iba encontrando, insensiblemente, la alegría de vivir, junto con la seguridad de poder llegar a la verdad.

Trata de lograr una entrevista personal con Ambrosio, pero éste se encuentra siempre muy ocupado, y Agustín no se atreve a robarle un tiempo precioso que el obispo tiene que dedicar a la administración y enseñanza de sus fieles.

Encuentro con Simpliciano

Y un buen día, ante la imposibilidad de obtener una entrevista con Ambrosio, tal como él la deseaba y necesitaba, se le ocurrió la idea de acudir a Simpliciano, buen siervo de Dios en quien resplandecía la gracia divina.



Este buen anciano lo acoge con bondad, y ambos se entretienen en largos y sabrosas conversaciones. Simpliciano le habla de Victorino, un sabio pagano que, en sus libros, había atacado con violencia las palabras de Jesús. Pero después de algunos combates espirituales, Victorino sintió el toque de Dios y se convirtió en discípulo de Cristo.

«Este anciano glorioso —Mario Victorino— no tuvo vergüenza de hacerse discípulo de tu Cristo, de hacerse infante de tu fuente bautismal. Y dobló su cuello al yugo de la humildad y abatió su frente al oprobio de la cruz.

Cuando estuvo imbuido en los artículos elementales de la catequesis, hizo inscribir su nombre para la regeneración bautismal. Roma se admiró y se alegró la Iglesia.

Y cuando Victorino se encaramó, en presencia de todo el pueblo, para pronunciar la fórmula de la profesión de fe, los asistentes que le conocían, repitieron unos a otros su nombre ruidosamente, con murmullos de congratulación.

Y estalló una aclamación sorda en la boca de quienes no podían sofocar su júbilo: «¡Victorino! ¡Victorino!» La aclamación sorda se hizo ovación clara por el gozo de verle, y a la ovación sucedió el silencio por el deseo de oírle. Proclamó él su fe veraz, con admirable seguridad y dominio de sí mismo.

Querían todos llevárselo arrebatado, y meterlo en su corazón. Y de hecho se lo llevaron, amando y gozando. El amor y el júbilo fueron las manos con que lo raptaron».

Confesiones 8, 2, 5.

Poco a poco, casi sin darse cuenta, Agustín se va acercando a la verdad que, con tanto ahínco, había ido buscando. El encuentro y abrazo de la verdad exigía, pese a todo, una dura y costosa batalla que el joven profesor de Milán va a librar, asistido de la gracia de Dios, y ayudado por el ejemplo de los santos.

CAPÍTULO 6

HACIA LA NUEVA VIDA

Dios se vale de todos los medios posibles para realizar sus planes salvíficos en favor de los hombres. Esta vez va a ser la visita que recibe Agustín, acompañado de Alipio, de un cierto Ponticiano.

Visita de Ponticiano

Agustín nos describe con toda clase de detalles este hecho, al parecer sin mayores consecuencias ni trascendencia.

«Un día vino a nuestra casa a vernos a mí y a Alipio un cierto Ponticiano, africano y por lo tanto compatriota nuestro, que ocupaba en la corte un alto empleo. No sé lo que deseaba de nosotros. Nos sentamos para hablar. Por casualidad encima de la mesa de juego, que estaba delante de nosotros, vio un libro.



Lo tomó, lo abrió y se dio cuenta de que se trataba de las *Epístolas* de san Pablo. Esto le sorprendió mucho, porque pensaba que sería alguno de los libros cuyo manejo asiduo me imponía mi profesión. Entonces él, sonriéndome y mirándome a la cara, me felicitó y me expresó su asombro por haber hallado aquel libro».

Confesiones 8, 6, 14.

Agustín le manifestó su interés por aquellos libros sagrados, que leía con la máxima atención.

La conversación cayó luego, por iniciativa de Ponticiano, sobre un tal Antonio, monje de Egipto, cuyo nombre resplandecía muy brillante entre los siervos de Dios, aunque para Alipio y Agustín resultaba desconocido por completo hasta entonces. Ponticiano les contó las maravillas y prodigios de aquel varón, fundador de los monjes de Egipto.

Los militares de Tréveris

Luego, pasando de una cosa a otra como sucede en las conversaciones, Ponticiano les contó a Alipio y a Agustín un caso que le había sucedido a él mismo, cuando, en cierta ocasión, se encontraba en Tréveris.

Con otros tres militares, salió a dar un paseo por los jardines contiguos a las murallas de la ciudad. Dos de los compañeros se alejaron de los otros dos y, sin saber cómo, entraron en una casita donde vivía un siervo de Dios. Allí los dos amigos encontraron un libro que narraba la vida de Antonio.

Comenzaron a leer dicha vida y quedaron admirados ante las maravillas que Dios había realizado en aquel santo varón.

Tras un tiempo de reflexión, ante la realidad de su carrera militar y los premios que Dios prometía a los que le siguieran, ellos tomaron la decisión de quedarse en aquella pobre cabaña. Los dos estaban ya comprometidos en matrimonio. Y cuando sus esposas oyeron esto de sus prometidos, consagraron también ellas a Dios su virginidad.

Los indoctos arrebatan el cielo

Agustín se sintió profundamente impresionado por el relato de aquellos dos compañeros de su amigo y compatriota Ponticiano, y cuando éste se hubo marchado, se precipitó sobre su compañero Alipio y exclamó:

«¿Qué es lo que aguardamos nosotros?
¿Qué significa lo que hemos oído
de boca de Ponticiano?
Se levantan los indoctos y arrebatan el cielo,
mientras nosotros,
con toda nuestra ciencia y sin corazón,
nos revolcamos en la carne y en la sangre.
Por ventura, porque ellos van delante,
¿tenemos nosotros vergüenza de seguirlos,
y no la tenemos siquiera de no seguirlos?»

*Confesiones 8, 8, 19.*

Agustín va a librar la batalla decisiva, en la que la gracia de Dios va a salir victoriosa. Los sermones de Ambrosio, los relatos de Simpliciano, el ejemplo de los compañeros de su amigo Ponticiano han ido calando muy profundamente en el corazón de Agustín.

Pese a todo, la conversión y el cambio profundo y total exigía una decisión firme, que Agustín no era capaz de tomar en aquellos momentos. De ahí sus dudas, sus momentos de vacilación y de indecisión. Se sentía retenido por el peso y la fuerza de su vida pasada.

«Me retenían
las bagatelas de las bagatelas
y las vanidades de las vanidades,
antiguas amigos mías,
y me tiraban de su vestido de carne,
y me decían a voz baja:

“¿Es cierto que nos dejes?
Desde este momento
¿no estaremos jamás contigo?
Desde este momento
¿no te será lícito esto ni aquello
por siempre jamás?”...

Yo las oía como de lejos,
menos que a media voz,
pues no me contradecían cara a cara,
con brío y libertad
saliéndome al encuentro,
sino como ronroneando a mi espalda,
como pellizcándome a hurto en mi huida,
para que volviese el rostro a mirarlas.
Me retardaban, no obstante,
en mi indecisión
de arrancarme y sacudirme de ellas
y de llegar de un vigoroso brinco
a donde me llamaban».

Confesiones 8, 11, 26.

Son los momentos previos a la gran decisión de Agustín.

El último combate

Por un lado, la presencia de las costumbres y hábitos de su vida pasada, y por otro, la invitación de la continencia, «serena y grave, bañada la faz de una sonrisa honesta, que le invitaba con blando halago para que se acercara a ella sin recelo, y extendía para acogerle y abrazarle sus amigables manos rebosantes de mil buenos ejemplos».



Es la fuerza del buen ejemplo de los amigos el factor determinante, a veces decisivo, en muchos momentos cruciales de la vida.

«y la virtud se burlaba de mí
y me animaba, con dulzura, en mi interior,
a seguir los buenos ejemplos:
*¿Y no podrás tú lo que han podido éstos
y lo que han podido tantos otros,
hermanos tuyos en las luchas,
con las mismas dificultades que tu?*

Y, ante aquellas voces de la virtud, yo
sentía vergüenza
y no me decidía a dar el paso decisivo».

Confesiones 8. 11, 27.

Agustín, temiendo estallar en llanto, se levantó y se alejó de donde estaba Alipio. Sin saber cómo, se tendió debajo de una higuera y comenzó a llorar con profusión. Y de su boca se escaparon estas palabras, que describen perfectamente el estado de su alma antes de la conversión:

«Y tú, Señor, ¿hasta cuando?
¿hasta cuando vas a estar enojado?
No te acuerdes de mis antiguas iniquidades.

¿Cuánto tiempo, cuánto tiempo?
¡Mañana, y siempre mañana
¿Por qué no muy pronto?
¿Por qué no terminar ahora mismo
con todas mis faltas?

Así hablaba yo, y lloraba amargamente
con el corazón partido de dolor.
Y he aquí que oigo una voz de la casa vecina,
voz de niño o de niña, no lo sé,
que decía y repetía muchas veces,
con cadencia de canto:
“Toma y lee! ¡Toma y lee!”»

Confesiones 8, 12, 28-29

Victoria de Dios

Trastornado por estas palabras, Agustín trata de comprobar si esa frase formaba parte de alguna canción infantil que él pudiera conocer. Pero no recordó haber oído jamás cantinela parecida.

Y se convenció de que en aquella voz se encerraba una invitación amorosa de Dios. Inmediatamente detiene el llanto, se levanta y vuelve a casa.



Allí encuentra el volumen de las *Cartas* de san Pablo. Abre el libro y las primeras frases que saltan a sus ojos son éstas:

«No en comilonas ni en embriagueces,
no en lechos ni en liviandades,
no en contiendas ni en emulaciones,
sino revestíos de nuestro Señor Jesucristo
y no cuidéis de la carne con demasiados deseos».

Rom. 13, 13.

Agustín no quiso leer más. Aquellas palabras de san Pablo fueron las que, de una vez para siempre, «como si una gran luz de seguridad se hubiera infundido en su corazón, hicieron que desaparecieran para siempre todas las tinieblas de sus dudas».

Inmediatamente va a contar todo a su amigo Alipio, y los dos corren presurosos a comunicar a Mónica lo que ha sucedido.

«Y la madre exulta de gozo,
triumfa y te bendice, Señor,
a ti que eres poderoso para darnos
más de lo que pedimos o entendemos,
porque veía
que le habías concedido en mí
más de lo que ella te solía suplicar
con lágrimas y gemidos lastimeros».

Confesiones 8, 12, 30.

Oración del convertido

Y años más tarde, cuando el convertido compone el libro de sus *Confesiones*, de la pluma de Agustín brota esta hermosísima oración, la plegaria gozosa y reconocida del convertido:

«Tarde te amé,
¡hermosura tan antigua y tan nueva!,
tarde te amé.

He aquí que tú estabas dentro de mí,
y yo estaba fuera de mí mismo.
Y yo te buscaba fuera.

Y yo, pobre hombre,
con la insolencia de mi fealdad,
me arrojaba en medio de las hermosuras
que tú habías creado.

Tú estabas conmigo,
y yo no estaba contigo.
Me mantenían alejado de ti
todas aquellas cosas,
que, de no estar en ti, no existirían.



Pero tú me llamaste, y me gritaste,
y me abriste la sordera de mis oídos.
Tú brillaste, y tu luz resplandeció,
y ahuyentaste la ceguera de mis ojos.
Derramaste tu perfume.
Lo inhalé al respirar y suspiro por ti.
He gustado tu dulzura
y tengo hambre y sed.
Me has tocado, y tu paz me ha encendido».

Confesiones 10, 27, 38.

Se trata de la descripción detallada, aunque siempre imperfecta, de un estado místico en que Dios se ha comunicado al alma de Agustín, que ha encontrado el sosiego, la verdad y la paz en el abrazo final y total con Dios.

CAPÍTULO 7

CAMBIO DE PROFESIÓN

Estamos en el año 386, y Agustín va a cumplir sus 32. Acaba de vivir el día mas importante de su vida, tras aquellas palabras del jardín de Milán. Nunca había disfrutado de una buena salud, ni tan siquiera de joven. Y al terminar el curso le asalta una especie de gripe, con graves molestias en el pecho y en la garganta.

Esa enfermedad y la impresión sobrenatural que ha sentido unos meses antes le aconsejan presentar su dimisión como profesor.

Agustín y Ambrosio

Seguramente Agustín se ha entrevistado con Ambrosio y le ha expuesto el estado de su alma.

Antes de su conversión, Agustín había pensado fundar una especie de fraternidad en vida común con algunos de sus amigos y discípulos, deseosos, como él, de profundizar en las cuestiones fundamentales de la filosofía. Debían estudiar y reflexionar juntos, y además deberían establecer unos fondos comunes, poniendo a disposición de todos los bienes materiales de cada uno. El proyecto de Agustín era bien claro, pero había graves dificultades para llevarlo a la práctica.

Una vez convertido, Agustín lleva a cabo aquella idea, en compañía de alguno de sus fieles compañeros de estudios y partícipes de sus mismas preocupaciones espirituales.

En Casiciaco

Su amigo Verecundo, profesor de gramática, se ha visto profundamente impresionado por la conversión de Agustín. Participa también de la idea de aquella comunidad, con que había soñado su amigo. Le presta una propiedad que posee a unos 30 kilómetros de Milán, en Casiciaco. A cambio, le ruega se emplee y cuide de los trabajadores que atienden el campo.



Y allí Agustín va a pasar algún tiempo con sus amigos más entrañables. Allí va a vivir con su madre, Mónica, su hijo Adeodoto, su hermano Navigio, y dos primos suyos que han venido de África. No podía faltar el amigo del alma, Alipio, que también desea recibir el bautismo. Mónica es la que se ocupa de aquella familia, la que preside las comidas y la que lleva la dirección de la casa.

Es el tiempo de las vacaciones, pero allí, en Casiciaco, todos trabajan. Por la mañana, Agustín da clases de gramática y de retórica a Licencio, hijo de Romaniano, y a un antiguo alumno de Milán. Después de comer discuten sobre las principales cuestiones de religión y de filosofía.

Y como en toda reunión de intelectuales, bien organizada, no falta nunca quien toma por escrito todo el proceso de la discusión.

Filosofía y oración

Pero, en medio de aquellas discusiones filosóficas, Agustín y sus amigos encuentran siempre un tiempo, para la oración, sirviéndose de los salmos de David:

«Qué gritos, Dios mío, dirigía hacia ti,
al leer los salmos de David,
cánticos fieles, tonadas de piedad,
que excluyen el espíritu engreído
cuando apenas comenzaba el camino de vuestro amor!

¡Qué voces dirigía hacia ti, en aquellos salmos,
y cómo me inflamaba en ellos,
y me enardecía para recitarlos,
si me fuera posible,
hasta los últimos confines del orbe!

Tú eres, Señor, el mismo
porque no te mudas,
y en ti se halla el descanso
que pone olvido a todos los trabajos.
Tú solo, Señor, me has constituido
en esperanza...

Y en lo más profundo de mi ser yo sentía
la eficacia de tu amor,
y gozoso en la fe alababa tu nombre.
Pero esa misma fe no me permitía seguridad alguna
de mis pecados pasados,
no perdonados todavía
por vuestro bautismo».

Confesiones 9, 4, 8 y 12.



Este período de reflexión y de vida común, en que se juntan las discusiones filosóficas y religiosas al lado de momentos de oración y de plegarias, constituye una etapa muy importante en la evolución intelectual de san Agustín.

El antiguo profesor de retórica y lector infatigable de las obras de los filósofos antiguos va tomando gusto por aquella otra literatura que, en otros tiempos, le había parecido despreciable, a causa de su estilo, más descuidado y sencillo que el de los grandes escritores paganos.

La filosofía antigua le va abriendo paso para establecer las bases de la filosofía cristiana.

Bautismo

Pasados seis o siete meses en el retiro de Casiciaco, un poco antes de la cuaresma del año 387, Alipio, Agustín y Adeodoto marchan a Milán para ser inscritos entre los catecúmenos que van a recibir el bautismo. Y el 25 de abril, en la vigilia pascual, los tres reciben el bautismo de manos del obispo Ambrosio.

Agustín describe, en una breve frase, los efectos del bautismo:

«Recibimos el bautismo,
y huyó de nosotros toda ansiedad
de la vida pasada».

Confesiones 9, 6, 14.

Al margen de los efectos sobrenaturales del bautismo, que se reflejan en esa «nueva vida», Agustín no puede por menos de hacernos partícipes de los sentimientos de su alma:

«En aquellos días de mi bautismo
no me hartaba de la admirable dulzura
de considerar la alteza de tu providencia
sobre la salud del género humano.

¡Cuánto lloré al escuchar
los himnos y cánticos de tus fieles,
emocionados por las voces de tu Iglesia,
que canta con acentos tan dulces!
Aquellas voces entraban en mis oídos,
y tu verdad se derretía en mi corazón.
Con eso se enardecía el afecto de la piedad,
y corrían sin duelo las lágrimas.
Y aquellas lágrimas me sabían a miel».

Confesiones 9, 6, 14.

Poco tiempo después del bautismo, quizás a comienzo de agosto, Agustín piensa regresar a su África natal. No sabemos los motivos fundamentales de esta decisión.

Lejos de Milán



Quizás deseaba alejarse lo más posible de Milán, donde había conocido los mayores triunfos de su vida. Tal vez intentaba cortar con todo su pasado e implantar en su patria africana el género de vida monacal que había conocido gracias a la narración de Simpliciano y Ponticiano.

El caso es que abandona Milán, y en compañía de sus fieles amigos y de su madre se dirige al puerto de Ostia, cerca de Roma. De allí partirá el barco que lo conducirá a Cartago.

A la espera del barco

Pero los barcos deben esperar a que el tiempo favorable les permita una travesía tranquila y sin peligros. Así, Agustín y su madre tienen que aguardar en Ostia.

Y una tarde, la madre y el hijo contemplan el cielo del atardecer desde la ventana del jardín interior de la casa donde se hospedan. Los dos se sienten embriagados de una paz especial, propia de las almas amigas de Dios.

Éxtasis de Ostia

Y, a la luz de esa verdad sobrenatural, Agustín y su madre llegan a comprender que «la delectación de los sentidos corporales, por grande y viva que sea la luz material donde ella irradia» no es nada en comparación con la extraordinaria alegría que procede del conocimiento y amor de Dios.

«Hablábamos solos los dos,
con gran dulzura recíproca.

Olvidando lo pasado,
proyectados hacia lo por venir,
buscábamos juntos,
a la luz de la verdad presente que eres tú,
cuál sería la vida eterna de los santos,
que ni ojo vio, ni oreja oyó,
ni subió en corazón de hombre.
Abríamos la boca del corazón,
anhelante y sedienta,
a los soberanos raudales de tu manantial,
fuente de vida, que está en ti».

Confesiones 9, 10, 23.

Y en medio de aquellas reflexiones del espíritu, madre e hijo fueron subiendo a lo alto.

«Y arribamos a aquella región
de abundancia indeficiente,
donde siempre apacientas a tu pueblo
con el pábulo de la verdad.
Allí la vida es la sabiduría,
hacedora de todas estas cosas,
y de las que fueron,
y de las que han de ser...



Y mientras íbamos hablando
de la sabiduría eterna,
anhelantes y deseosos,
llegamos a tocarla un poco
en un supremo alzamiento
y vuelo del corazón».

Confesiones 9, 10, 24.

Últimos consejos

Y después de unos momentos de intensa comunión entre las dos almas, ante el pensamiento de la verdad y de la sabiduría eternas, Mónica manifestó a su hijo:

«Por lo que a mí toca,
ninguna cosa me deleita en este mundo.
No sé qué más haré ya aquí,
consumada y colmada ya
toda esperanza de este mundo.
Una sola cosa había
por la cual yo deseaba detenerme aquí
y era la de verte católico,
antes de mi muerte.
Con creces Dios ha coronado mi deseo,
pues te veo ahora siervo suyo,
con absoluto desdén de la felicidad terrena.
¿Qué hago yo aquí?»

Confesiones 9, 10, 26.

Pasados apenas cinco días, Mónica cayó en cama con unas fiebres muy altas. Un día tuvo un desmayo, quedando por un poco privada de los sentidos.

Repuesta y «viéndonos a nosotros atónitos de tristeza, nos dijo»: “Enterráis aquí a vuestra madre”».

El hermano de Agustín, al oír aquellas palabras de su madre, dijo unas palabras en las que parecía indicar su deseo de enterrar a su madre en la patria africana y no en tierras tan lejanas.

Cuando Mónica oyó o adivinó más bien la intención de su hijo, reprendióle con la mirada, y mirando con ojos tristes a sus hijos les dijo:

«Enterrad este cuerpo en cualquier parte,
y no os preocupéis más de él.
Tan sólo os ruego
que os acordéis de mí ante el altar del Señor
doquiera os halléis».

Confesiones 9, 11, 27.

Muerte de Mónica



Y poco después agravándose en su enfermedad, a los nueve días de caer en cama, a los cincuenta y seis años de su edad, cuando Agustín contaba treinta y tres, Mónica fue liberada del cuerpo, y su alma religiosa y piadosa, como la describe san Agustín, subió a gozar de la presencia de Dios al que había siempre servido en esta tierra.

Y Agustín termina la primera parte de sus *Confesiones* con un recuerdo emocionado a su madre. En sus palabras late el amor filial más puro y al mismo tiempo podemos descubrir la sensibilidad espiritual del gran místico de Occidente.

He aquí algunas de las frases de este final:

«Descanse, pues, en paz con su marido,
antes del cual y después del cual
no se casó con ningún otro hombre:
con su marido a quien sirvió,
ofreciéndote a ti el fruto de su paciencia,
que fue ganarlo para ti.

Inspiradme, Señor mío y Dios mío,
inspira a tus siervos,
hermanos míos, hijos tuyos, señores míos,
a los cuales yo sirvo
con el corazón y con la voz
y con la pluma.

Inspira a todos los que esto leyeren,
que se acuerden en tu altar de Mónica,
sierva tuya,
y de Patricio, que fue su esposo,
por cuya carne
me introdujiste en esta vida no sé cómo.

Acuérdense con afecto de piedad
de mis padres, en esta vida transitoria,
y de mis hermanos,
cuyo padre eres
en la católica Madre Iglesia.

Acuérdense de mis conciudadanos
en la eterna Jerusalén,
por la cual suspira tu pueblo
en su peregrinación,
desde su partida hasta el retorno,
para que aquella suprema
demanda suya
por los ruegos de muchos
se vea satisfecha y colmada
más copiosamente



que por la indigencia de mis oraciones,
por la humildad de mi confesión».

Confesiones 9, 13, 37.

CAPÍTULO 8

EL REGRESO A LA PATRIA

No sabemos con certeza cómo la muerte de Mónica hizo cambiar los planes de Agustín. En vez de embarcarse para su África natal, Agustín se dirige de nuevo a Roma, donde va a pasar casi un año.

Tal vez la llegada del invierno le hizo temer la travesía. Quizás, por razones políticas, el puerto de Ostia se ha visto paralizado por completo durante algún tiempo, lo que ha obligado al joven bautizado a detenerse en Roma. En efecto, un general africano se ha alzado contra Roma y ha cortado todo el tráfico marítimo entre Ostia y Cartago.

De nuevo, Roma

Sea lo que fuere, Agustín y sus amigos se asientan de nuevo en Roma, y el neo-converso va a tratar de convertir a la verdadera fe a los que antes había desviado del buen camino hacia el maniqueísmo.

En Roma Agustín recoge materiales para sus libros. Visita los monasterios de la ciudad. Estudia la organización interna de los mismos con vistas al monasterio ideal que él piensa implantar en su patria.

La secta de los maniqueos, que él había seguido años atrás, se le aparece con todo el peligro que entraña, y así escribe sus primeras obras polémicas: *Las costumbres de la Iglesia católica* y *Las costumbres de los maniqueos*.

Aunque más tarde añadirá, corregirá y suprimirá detalles de esas dos obras, es en Roma donde se ha inspirado para descubrir en toda su realidad la secta de los maniqueos.

Por fin, en los últimos meses del año 388, Agustín puede embarcarse para su patria. Esta vez, el adiós va a ser definitivo, y ya nunca jamás regresará a Italia.

Ni Roma ni Milán, donde ha pasado unos años tan fecundos y tan decisivos para su vida, no sólo humana sino, sobre todo, espiritual, volverán a ver a aquel profesor de retórica, al gran convertido de Milán.

Pese a la fama que muy pronto va a lograr el joven obispo de Hipona, no abandonará nunca jamás su África natal, por más que de todas partes venían a escuchar sus consejos.

Cartago, a la vista

A los treinta y cinco años, y tras cinco de ausencia en Italia, Agustín vuelve a contemplar el puerto de Cartago, en donde Mónica tanto había llorado por la conversión de su hijo. Y allí desembarca, acompañado de sus fieles compañeros Alipio, Navigio y Adeodato.



Como Agustín posee en Tagaste algunos bienes que le ha dejado su madre, allá se instala con su hijo y sus discípulos. Y allí va a fundar una especie de monasterio para seculares como es él y sus compañeros. Habrá una vida común, con sus ratos de oración y meditación, todos juntos. Y al mismo tiempo, él podrá dedicarse al estudio y tratará de enseñar a cuantos acudan allí.

Podemos imaginar que la vida de aquel primer «monasterio secular» no era excesivamente rigurosa. Agustín, además de la dirección espiritual del grupo, se dedica al estudio de la Escritura y la corrección de las obras que había iniciado en Milán y en Roma. Así sabemos que en Tagaste termina, por ejemplo, los seis libros del *Sobre la música*.

Además, dada ya la fama del convertido de Milán, acuden a Agustín todos sus conciudadanos que tienen algunas dificultades de cualquier orden que sea. Saben que sigue siendo, a pesar de su conversión, un hombre influyente, con relaciones en las altas esferas de la administración civil y de la Iglesia católica.

Agustín, en aquel «monasterio» de Tagaste se ha convertido en el padre, el hermano, el amigo paciente y desinteresado de todos. No olvida a los amigos que viven lejos, y a todos dirige sus epístolas: Nebridio, Romaniano, Paulino de Nola, entre otros.

Muere Adeodato

Durante el tiempo que vive en Tagaste muere su hijo Adeodato, a los 18 ó 20 años. Aquel joven de extraordinaria inteligencia, que ya apareció entre los interlocutores de los diálogos de Casiciaco y con el que dialoga en la obra, titulada *Del maestro*, no pudo por menos de dejar un recuerdo muy vivo en el corazón de su padre Agustín.

Adeodato seguirá siempre junto a su padre que sentía un cariño muy especial por aquel hijo, «nacido del pecado», como reconoce humildemente en las *Confesiones*.

Era un joven muy dócil y bueno, y superaba a muchas personas mayores, pese a sus pocos años. Agustín, como siempre, no dudará un momento en reconocer que todas aquellas cualidades buenas de su hijo eran don y regalo de Dios, incluso la misma instrucción y buena educación que su padre trataba de inculcarle siempre.

Cuando habla Adeodato en la obra titulada *Del maestro* —diálogo entre Agustín y su hijo— el padre se queda admirado de la agudeza y del ingenio de aquel jovencito de dieciséis años. Incluso le daba miedo ver el talento extraordinario, y Agustín temía de lo que podría ser Adeodato cuando llegara a la madurez de edad y de sus estudios.

Pero todos aquellos planes de Agustín, ilusionados y al mismo tiempo llenos de miedo ante el porvenir, se vinieron abajo con la temprana desaparición de Adeodato.

Cuando, años más tarde, escribe sus *Confesiones* y recuerda los hechos principales de su juventud, entre los que no podía faltar el recuerdo cariñoso de su hijo.

Llegada a Hipona

Después de dos años en Tagaste, un buen día Agustín recibe una llamada de un amigo de la ciudad de Hipona, hoy Annaba - Bona, antes de la independencia de Argelia.

Hipona es una ciudad que puede contar unos 30.000 habitantes. Es una antigua ciudad fenicia, que los romanos habían convertido en colonia romana. Los campesinos de esa ciudad no



conocen sino la lengua púnica, aunque en la ciudad se habla el latín, como en el resto de las ciudades romanas del norte de África.

La venida de Agustín a Hipona coincide con un momento especial en la historia interna de aquella sede episcopal.

El anciano obispo Valerio ya no puede administrar como él quisiera aquella diócesis, ni los fieles se sienten satisfechos. Y es que Valerio desconoce por completo el púnico y, lo que es mucho más grave, habla con dificultad la lengua latina: por si fuera poco esa dificultad de expresión, sus fuerzas han disminuido notablemente.

Era preciso encontrar un sacerdote joven que pudiera ayudar al anciano obispo. Y es que, además, en la diócesis de Hipona no hay muchos sacerdotes.

En cierta ocasión, cuando el obispo desde su sede se quejaba de esta falta de sacerdotes, estando allí presente Agustín, la multitud se precipitó sobre él y lo condujo gritando ante el Obispo: «¡Queremos a Agustín como sacerdote; Agustín, sacerdote!»

Agustín sacerdote

Y Valerio, agradeciendo a Dios esta elección de Agustín, lo ordenó sacerdote, y lo asoció como valioso colaborador en los asuntos de la diócesis. Agustín aceptó la voluntad del pueblo, como una señal de la voluntad de Dios, aunque se sentía incapaz de cumplir dignamente con su ministerio. Por eso pidió a su obispo le concediera algún tiempo para prepararse un poco para su nuevo ministerio.

Monasterio de Hipona

Pero, aun estando en Hipona, Agustín seguía pensando en su idea de fundar un monasterio. Y así estableció allí una nueva comunidad y comenzó a vivir con Evodio, Severo, Posidio y otros la vida retirada y en común que había iniciado en Tagaste.

La prudencia de Agustín se sentía en todos los detalles, y así para recordar continuamente a aquellos «monjes» el precepto de la caridad y el espíritu de comprensión para con los hermanos, hizo gravar en las paredes del comedor unos versos latinos, que traducidos a nuestra lengua decían:

**«El que guste calumniar de los ausentes es
indigno de sentarse a nuestra mesa».**

Y nos cuenta Posidio, compañero y biógrafo del santo, que, como algunos de sus colegas y amigos en el episcopado hubieran olvidado aquellos versos, los reprendió con severidad y, lleno de un caritativo rigor, les dijo: «O se borran esos versos de la pared, o yo debo ausentarme de esta casa».

Agustín ejercía en Hipona el cargo de presbítero y superior de aquel monasterio que había fundado. Era el apóstol de la ciudad y al mismo tiempo el predicador incansable de la palabra de Dios contra los enemigos de la Iglesia: Donatistas, maniqueos.



Agustín, obispo

Valerio se siente satisfecho de su presbítero, hombre tan elocuente y admirado de todos los fieles. Dada su avanzada edad, piensa que el joven sacerdote podría muy bien ser su sucesor. Y, después de vencer algunos obstáculos personales, es consagrado obispo por Megalio, primado de Numidia, el año 395.

Poco después muere Valerio, y sobre las espaldas de Agustín cae el peso de aquella diócesis. Las cualidades personales del nuevo obispo, su santidad y sus dotes de gobierno y sus facultades como escritor y predicador van a hacer de Agustín el obispo más célebre de su tiempo.

La dignidad episcopal es, para Agustín, una carga pesada que sólo por obediencia podrá soportar. Entregado por completo al servicio de sus hermanos, por amor de Dios, va a superar todas las dificultades que lleva consigo tal cargo. Sabe que la Iglesia de Cristo lo necesita para defenderla de todos los peligros que se ciernen a su alrededor.

Lo más importante, a los ojos de Agustín obispo, es el anuncio de la palabra de Dios a los fieles que se le han encomendado. La predicación es el primero y fundamental de sus deberes. Y al oficio de predicador dedicará todas sus fuerzas durante 34 años que va a durar su vida como obispo.

Predicador del evangelio

Incansable, predica todos los días, y a veces dos y tres veces al día. Se nos han conservado más de 500 sermones suyos, escritos por sus fieles secretarios.

Y podemos afirmar que eso, por mucho que parezca en la vida tan fecunda como escritor de Agustín, representa una parte tan sólo de lo que realmente predicó.

La predicación de Agustín es una conversación directa con sus fieles, que reaccionan con espontaneidad cuando algo de lo que oyen de boca de su obispo les choca o llama su atención.

Los fieles de Hipona son más bien personas sencillas: campesinos, marineros, pequeños comerciantes, artesanos que, a veces, no comprenden lo que les dice el obispo. Y éste para mantener su atención al vivo no duda en contarles historietas, y emplea comparaciones de la vida de todos los días, del campo, del mar, de la vida de los pájaros, de los animales. Agustín logra, gracias a todos estos medios, que los oyentes le escuchen y comprendan el mensaje que desea hacer llegar hasta ellos.



CAPÍTULO 9

LOS AÑOS DIFÍCILES

La vida de Agustín como obispo corre entre Hipona y Cartago, a donde tiene que acudir muchas veces para cumplir con un deber de caridad para sus colegas en el episcopado.

En Cartago se celebran las reuniones más solemnes de la Iglesia de África. Y allí tienen lugar los congresos o reuniones con los enemigos de la Iglesia. Y en todos esos casos y acontecimientos de especial importancia, Agustín es uno de los invitados a tomar parte en las discusiones.

En los primeros años del siglo V se dejan sentir las invasiones de los godos, de los vándalos y de otras tribus del norte en sus movimientos expansionistas.

El saqueo de Roma

Y el 24 de agosto del año 410, los godos de Alarico entraron en Roma por la Vía Salaria y daban fuego a la ciudad imperial. El saqueo de la ciudad duró, según la historia, tres días y tres noches. Aunque las crónicas hablan de una destrucción completa, parece que, en realidad, no fue tanto, aunque ciertamente se puede hablar de una verdadera catástrofe.

Los paganos, que todavía existían, achacaron aquella desgracia nacional al haber abandonado los cristianos el culto de los dioses paganos, custodios solícitos del Imperio romano.

Agustín tuvo que salir al paso de aquellas acusaciones, y así escribió la *Ciudad de Dios*, donde expone la realidad de la historia vista desde una concepción cristiana de los hechos que se suceden en el mundo, de acuerdo con los planes universales de la providencia.

La sociedad romana, ante las invasiones de los bárbaros, se va descomponiendo poco a poco. Así no es de extrañar la actitud de los paganos en las calles de Cartago. Pese a todo, el emperador Honorio quiere a toda costa restablecer la unidad de la Iglesia en África.

Concilio de Cartago

Y para ello convoca a los obispos católicos y donatistas que se reúnan en Cartago, bajo la presidencia del legado imperial Marcelino.

Son dieciocho obispos por cada bando. El 8 de junio del año 411, Agustín hace una exposición tan brillante de la Iglesia católica, que el legado Marcelino condena a los donatistas y ordena que entreguen sus iglesias a los católicos.

Pero la paz no va a durar mucho tiempo en Cartago. Hay siempre intrigas y aspiraciones de mando en aquella sociedad, en la que eran tan frecuentes las sublevaciones de generales. El emperador Honorio sabrá reaccionar enérgicamente contra Heracliano y los somete con facilidad.

Los donatistas siguen luchando, descontentos de la actitud del legado Marcelino, que es decapitado, pese a la intervención vigorosa de Agustín ante el conde Marino.



El monje Pelagio

Los errores se van sucediendo, casi sin interrupción. A los donatistas y maniqueos, que Agustín ha logrado poner en situación evidente de enemigos de la verdadera Iglesia, se unen más tarde los partidarios de un monje bretón, llamado Pelagio. Este cree que el hombre por sus propias fuerzas puede practicar el bien, sin necesidad de la gracia y de los auxilios divinos. Basta con querer hacer el bien, y el hombre puede realizar ese deseo por sí mismo, sin la ayuda de Dios.

Las cualidades humanas de Pelagio, que es un monje virtuoso y honrado, logran engañar a los cristianos. Incluso el mismo papa Zósimo aprueba la doctrina pelagiana, que otros obispos condenan, junto con Agustín.

El emperador expulsa de Roma a Pelagio: y luego el papa Inocencio I, el año 417 condena solemnemente la herejía pelagiana. En este combate antipelagiano, Agustín ha ganado el título de «Doctor de la gracia».

Al margen de los problemas esencialmente propios de la Iglesia, Agustín se siente también preocupado por los problemas materiales y terrenos que se refieren al porvenir de la sociedad romana, en Italia y en las provincias romanas.

El conde Bonifacio ha logrado defender valientemente la ciudad de Marsella contra los godos. Poco después es nombrado gobernador del África.

Ante los deseos del conde Bonifacio de hacerse monje, tras la muerte de su esposa, Agustín le aconseja que siga al frente del ejército, pues Roma y la Iglesia tienen necesidad de él para su defensa «Incluso con las armas, le dice, podéis servir a Dios. A veces hay que hacer la guerra para conservar la paz».

Agustín sabe muy bien que, en tiempos de extremo peligro, poner la espada al servicio de la justicia es un deber de conciencia. Es cierto que si el hombre estuviera sometido a la ley de Dios, no habría necesidad de la guerra. Pero, cuando el equilibrio de la paz se rompe, hay que restablecerlo a toda costa...

El conde Bonifacio, que durante algún tiempo había seguido fielmente los consejos de Agustín, poco a poco fue cambiando de conducta. Casado en segundas nupcias con una joven arriana, se vio profundamente influenciado por su nueva esposa. Consintió en bautizar a su hija en la herejía y se entregó a toda clase de desórdenes.

Hacia el año 427 como consecuencias de intrigas palaciegas, cuyo secreto no conocemos del todo, Bonifacio fue destituido de su mando y declarado enemigo público.

El peligro de los vándalos

Y en lugar de someterse a la autoridad, el conde se rebeló contra Roma, y llamó en su ayuda a los vándalos, que a la sazón ya habían llegado a España.

Genserico y sus huestes acudieron muy pronto a la llamada de Bonifacio y la provincia más rica del Imperio romano se vio presa del fuego y de las armas enemigas.

Posidio, obispo de Calama, testigo ocular de la invasión de los bárbaros, nos ha dejado esta descripción desoladora:



«Algún tiempo después dispuso la divina providencia que numerosas tropas de bárbaros crueles, vándalos y alanos, mezclados con los godos y otras gentes venidas de España, dotadas con toda clase de armas, y avezadas a la guerra, desembarcaran e irrumpieran en África.

Luego de atravesar todas las regiones de Mauritania, penetraron en nuestras provincias, dejando en todas partes huellas de su crueldad y barbarie, asolándolo todo con incendios, saqueos, pillajes, despojos y otros innumerables y horribles males.

No tenían ningún miramiento al sexo ni a la edad. No perdonaban a sacerdotes ni a los ministros de Dios, ni respetaban los ornamentos sagrados, ni los edificios dedicados al culto divino».

Vida de san Agustín, 28.

Ante las hordas bárbaras, algunos obispos han preferido permanecer al lado de sus fieles, para sostenerlos con su ejemplo en aquellas horas difíciles. Otros, en cambio, han huido. Han creído que, al quedar muy pocos fieles, ellos también, obispos y sacerdotes, podrían abandonar la diócesis y las parroquias a ellos encomendadas.

Agustín admitió el razonamiento. Pero no llega a comprender que hayan sido todos los que se han marchado lo más rápidamente posible. En realidad debería haber habido una digna emulación para ver quién se quedaba con los fieles.

Pese a que el conde Bonifacio acababa de reconciliarse con el gobierno de Ravena, y aunque el conde Darío había sido enviado por la corte para entablar negociaciones definitivas, ya era tarde. La entrevista de Darío ante Bonifacio fue muy positiva.

Pero los bárbaros ante la perspectiva de apoderarse de aquel rico granero del Imperio, que era el África, no hicieron caso de nada. Bonifacio declaró la batalla a los vándalos, pero éstos le vencieron y le obligaron a refugiarse en Hipona.

Asedio de Hipona

A finales de mayo o principios de junio del año 430, los Vándalos comenzaron el asedio de Hipona. Agustín no cambió en nada el régimen de su vida ordinaria: orar, leer, escribir, enseñar el evangelio y ayudar a sus fieles.

Su biógrafo, Posidio, nos cuenta los últimos días de Agustín:

«Catorce meses duró el asedio completo, porque bloquearon la ciudad totalmente hasta por la parte del litoral. Allí me refugié yo con otros obispos, y allí permanecimos durante el tiempo del asedio. Tema de nuestras conversaciones era la común desgracia...

Un día, conversando en la mesa con Agustín, éste nos dijo: “Habéis de saber que yo en este tiempo de angustias pido a Dios o que libre a la ciudad del cerco de los enemigos o, si es otro su beneplácito, fortifique a sus siervos para cumplir su voluntad, o me arrebate a mí de este mundo para llevarme junto a él”.



Decía esto para nuestra instrucción y edificación. Y después, a su ejemplo, nosotros, todos los nuestros y los cristianos de la ciudad, elevábamos a Dios la misma súplica».

Vida de san Agustín 28-29.



Enfermedad de Agustín

Dios escuchó las oraciones de su siervo. Antes de que terminara el tercer mes del asedio, Agustín cayó enfermo. Al sentir las fiebres elevadas de su enfermedad, se dio cuenta de que sus días estaban contados. Agustín nunca había disfrutado de muy buena salud. El conde Darío le había enviado algunos remedios que su médico le había recomendado. Pero Agustín era anciano, y las fatigas, las emociones, las angustias, las privaciones, impuestas por el cerco, no eran el mejor ambiente para su enfermedad.

Los días de la enfermedad fueron para Agustín una buena ocasión para recordar su vida pasada y para dar gracias a Dios por los beneficios recibidos, al tiempo que pedía perdón a los hermanos y a Dios por los pecados de su vida pasada.

En la pared de su habitación se habían copiado algunos salmos penitenciales que el enfermo podía recitar desde su lecho. No cesaba de repetir los salmos que, en tantas ocasiones, había cantado en la iglesia con sus fieles.

Legado de libros

Agustín era pobre, y nada se había reservado para sí. Todo lo había repartido entre los fieles y los pobres que acudían a la puerta de su casa. Tan sólo se había reservado sus libros. Los que él había escrito y los que había adquirido o recibido de sus amigos. Una de sus últimas recomendaciones fue que conservaran cuidadosamente su biblioteca.

Agustín quería que sus discípulos fueran amigos de sus libros en los que Dios seguía dictando sus palabras de vida eterna.

Agustín tenía todavía vivo el recuerdo de aquel libro de Cicerón, el *Hortensius*, que le había hecho cambiar de vida. No podía olvidar tampoco las *Enéadas* de Plotino, que le ayudaron para avanzar en el camino de Dios. Y ¿cómo iba a prescindir del libro de los libros, la Biblia, a cuya lectura y explicación y meditación había dedicado todos los años de su tarea sacerdotal y episcopal?

Ahí estaba el testamento del obispo de Hipona, que deseaba que sus hijos, sus discípulos, sus monjes fueran amigos incansables de su biblioteca, la única riqueza que les dejaba en preciosa herencia.

Muere Agustín

Y después de cuarenta años de lucha en pro de la Iglesia, Agustín entraba en agonía, para ser recibido con júbilo en la ciudad santa de Dios.

El 28 de agosto del año 430, el hijo de Patricio y de Mónica, Agustín, el obispo de Hipona, dormía en la paz del Señor.

Contaba a la sazón 75 años, 10 meses y 15 días.



CONTEMPORÁNEOS DE AGUSTÍN

Atanasio de Alejandría	295	373
Basilio de Cesarea	329	379
Gregorio Nacianceno	h. 330	h. 395
Evagrio del Ponto	346	399
Juan Crisóstomo	344	407
Teodoro de Mopsueste	h. 350	428
Sinesio de Cirene	h. 370	h. 430
Cirilo Alejandrino	315	386
Teodoreto de Ciro	h. 393	h. 453
AGUSTÍN DE HIPONA	354	430
León Magno	¿?	461
Próspero de Aquitania	390	463
Juan Casiano	360	432
Paulino de Nola	353	431
Ambrosio	340	397
Jerónimo	h. 345	h. 419
Martín de Tours	316	396
Hilario de Poitiers	h. 315	367
Mario Victorino	h. 300	370